

Capítulo II. El silencio y la palabra.

2.1 Un punto de conflicto

El título del apartado se refiere a una de las inquietudes que me llevaron a escribir esta tesis. Los más grandes malentendidos que hay sobre el silencio tienen sus raíces aquí, en la conjunción que al mismo tiempo une y separa al silencio y a su espejo, la palabra.

¿Que hay ahí? Un conflicto, un lazo indisoluble sí, pero también poco pulido, las más de las veces mal

asumido y, por lo mismo, mal visto. Se asume por ejemplo que de lo que se trata es de preservar una posición jerárquica de privilegio otorgada a la palabra sin reflexión alguna, sin pensar que si se rasca un poco más y se asume que la palabra no es el origen de nuestra más íntima concepción del mundo, tendría una posición que se ajustaría mejor a la realidad y por lo tanto sería más defendible.

Sobre todo porque la realidad es, como explicaré más adelante, un eje que se transforma sin previo aviso en una cuerda floja y quien transite por ahí tiene que

tener cuidado de encontrar el mejor punto de apoyo posible. Y la palabra vacilante y dúctil como es, no serviría de mucho.

El silencio sí porque siguiendo con la metáfora de la cuerda floja, cuando entiendes que el silencio es mucho, pero mucho más que la equivocadísima idea de que para lo único que sirve es para entorpecer la comunicación oral y lo ves como un elemento inseparable de tu condición,¹ el que le da sentido a todo lo que oyes, dices, escribes y creas, la partícula más diminuta (y la única indivisible), el núcleo de eso

¹ El silencio es el eje sobre el cual descansan mi realidad interior y mi capacidad de conocerla.

a lo que tu llamas cultura, te sientes más tu y más seguro.

Me detengo ahora en esa idea de que la comunicación se da si y solo si hay palabras de por medio. Lenguaje y lengua no tienen como único referente la comunicación oral. El silencio puede ser una lengua por contradictorio que esto pueda sonar, si se entiende a éste como túnel de penetración en conciencias acostumbradas a digerir los mensajes sin masticarlos. Así como el cubismo es la deconstrucción de la forma, el

silencio es la deconstrucción² de la relación espacio- tiempo en su forma más abstracta. El silencio es el aglutinante, lo que queda ahí, la esencia de ese mecanismo y, como dije antes, mínimo común denominador de nuestra existencia.

La paradoja que es el no poder explicar la forma sin la luz se vuelve el espejo en el que se refleja el mecanismo silencio- palabra, (uno no puede concebir a la palabra sin el silencio) con un añadido: el factor antigüedad. Tu aprendes a hablar en el silencio y por el silencio. Los conceptos se deben adaptar a una nueva dimensión que siempre ha estado

² Mondrian logra esa deconstrucción en una serie que tituló "Árbol" de la cual presento la ilustración final en la pág siguiente.

ahí, pero que sin embargo es hasta ahora cuando recobra su justo nivel: el sentido estricto.

L. Wittgenstein³, quien fue el primero en proclamar la necesidad de reinstalar esta nueva dimensión que consiste en analizar las palabras atendiendo a su sólo significado y no a la suma de la palabra y todos esos "añadidos superfluos" libera sólo a una manifestación de participar de esta regla. ¿A quién? Al silencio.

Parecería que la lengua nace de una verbalización,

³ Filósofo austriaco (1889-1951) que estudió entre otras cosas las relaciones entre las palabras, su significado y la manera en como las comprendemos.

pero si regresamos al arcaísmo
lengua igual a comunicación, se
nos propondría que la lengua
surge de una necesidad
supuestamente insatisfecha.

Supuestamente porque lo
que sucede en realidad es que
la necesidad ha sido mal
entendida. La comunicación
requiere de una actitud, de una
disposición y como dije antes,
la actitud (entendida como una
voluntad de querer descomponer
la realidad aparente hasta sus
últimas consecuencias) se
genera en el silencio. ¿De qué
sirve una rancia y estéril
agonía como la palabra, tan
incomprendida que ya no
proyecta ni su propia sombra?

La lengua no es la palabra: la lengua, el vehículo de comunicación, es la actitud. La abstracción, el límite es justamente primigenio, primario: el silencio.

El cuerpo cambia con relación al espacio y es ahí donde convergen la actitud y el silencio. La actitud porque legitima el movimiento y hace de éste una consecuencia. Y el silencio porque gracias a él es posible la introspección que lleva a la aceptación de la necesidad de este cambio. Pero antes de esa actitud y de ese silencio, al hacerse necesaria una modificación, se crea un punto de conflicto.

Lo mismo pasa en la relación del silencio con la palabra ¿Dónde se encuentra en este caso el conflicto? En la aparente disfunción de la voluntad representada por la reflexión sobre el mecanismo silencio-palabra. Porque cuando nos creíamos destinados a una existencia más verbalizada que otra cosa, nos damos cuenta que es justamente en esas otras cosas donde encontramos no solamente una justificación para actuar sino que también la legitimación de nuestra condición. Usamos las palabras porque no estamos acostumbrados

a descifrar silencios, ni siquiera los nuestros⁴.

Después de siglos de menospreciar esta ambivalencia⁵ (característica del ser humano) aprendemos que las cosas son totalmente al revés de cómo las concebíamos.

Y de aquí al "strictus sensus", las cosas concretas.

Dije antes que Wittgenstein había salvado solamente al silencio de la pena de ser reducido a lo concreto. Esto porque, al contrario de cómo mucha gente pueda pensar, el sentido abstracto y el sentido estricto no significan en absoluto lo

⁴ René Magritte parece querer invitarnos a descifrarlos con su obra "Los orígenes del lenguaje" de 1955.

⁵ Capacidad de introspección, búsqueda de la razón de ser con caminos alternativos a la palabra.

mismo. El segundo se refiere solamente a las palabras. El sentido abstracto se aplica a cualquier otra manifestación, incluido el silencio.

Mencioné a la voluntad con relación a la dicotomía del mecanismo silencio-palabra. ¿Por qué? Porque es justamente la voluntad el punto de fuga que da una de las más importantes herramientas para desmembrar dicho mecanismo: El silencio (al contrario de la palabra), es independiente de la voluntad. Nos topamos con el silencio hasta cuando no queremos que haya tal. El silencio es una plenitud que se expande más allá de las palabras.

La actitud en este caso puede ser el desmoronamiento del sentido estricto ante el abstracto. El punto de conflicto es justamente este *pequeño gran cambio*.

Aunque quisiéramos continuar en un mundo verbalizado, no podríamos dejar de aceptar al silencio como legitimador para la mera posibilidad de la existencia de dicho mundo. El silencio es el que da el tempo, aquel que nos permite remarcar la diferencia. La música, por ejemplo es la unión del silencio y su ausencia.

2.2 El hombre y el punto de conflicto.

Aquí se introduce otro elemento, igualmente desconcertante: El hombre.

El hombre puede ser visto como el resultado de la acción del silencio sobre la relación espacio-tiempo reduciéndolo a su forma más abstracta. Esta reducción se da por el desmembramiento de todas las metáforas que acompañan al hombre.

En el hombre se dan, a él le afectan todos estos desmembramientos y todos estos puntos de convergencia. El hombre y el silencio son dos realidades, dos ejes que,

aunque siempre se hayan visto como paralelos, son en realidad perpendiculares⁶. Si se le diera a escoger con los ojos cerrados, el hombre occidental preferiría el tiempo al espacio y la palabra al silencio, aparentemente porque a los últimos (espacio y silencio respectivamente) no los conoce. Sin embargo parece no acordarse de que su elección se deriva de que las estructuras seleccionadas fueron invenciones propias. Ni el tiempo ni la palabra existirían si él no hubiera sentido la necesidad de inventarlas. ¿Y qué es esa necesidad? Miedo a lo desconocido.

⁶ Creo que Mondrian intuyó esas intersecciones y las usó a lo largo de toda su obra. Un ejemplo de eso es su "Composición con negro, blanco y azul".

Samuel Beckett decía -
y yo coincido con él - que el
acto del habla es una
obligación impuesta por el
miedo al silencio.

Si un observador agudo
describiera el modo en que sus
contemporáneos hablan llegaría
seguramente a la conclusión de
que hay una diferencia entre
la actitud que toman cuando
hablan seguros de sí y otra
cuando no. Esto, por el peso
social que le hemos infringido
a las palabras. Nos negamos a
nosotros mismos el *permiso* de
de ser directos y por lo tanto
tenemos que construir un
personaje AJENO a nosotros y
es éste el que nos da la
ansiada autorización para

proceder a construir algo que no es más que una ilusión de un diálogo, un endeble diálogo interior, que no por ser etéreo y efímero es menos falso porque sabemos que, por una parte no somos nosotros los que hablamos y por la otra, que de todas formas ese discurso no será otra cosa que un monólogo del silencio.

Hablaba de metáforas:

¿Que pasa con el individuo y sus invenciones, con sus escapes para olvidarse de que hay un después de él, un abismo? Son todas falsas metáforas de lo humano. La lengua y la conversación *per se*, entran a formar parte del mismo grupo. La función que se le atribuye a la lengua, es la de

representar toda realidad,
inclusive la suya propia.

Tan es así que se ha llegado a
considerar al lenguaje como
sinónimo del acto del habla.
Por ejemplo, el psicólogo ruso
Alexander Luria afirma en su
libro "Conciencia y lenguaje"⁷
que el lenguaje es capaz por sí
solo de formular cualquier idea
o relación abstracta y que por
lo tanto el lenguaje tiene y de
sobra los tamaños para ser
designado como el producto
específico de la historia
social del hombre

Y aquí entran otra vez
los pesos sociales: Hay una
enorme diferencia entre los
signos socialmente
establecidos,

⁷ Luria, A. "Conciencia y lenguaje" Madrid, Visor, 1994.

y los signos naturales. El problema es: ¿A cuáles pertenecen respectivamente el habla (la palabra) y el silencio, el tiempo y el espacio, las dos ecuaciones aparentemente equivalentes en sus factores sobre las que gira nuestro eje?

Ya vimos que el tiempo y la palabra son invenciones forzadas por una realidad incomprendida⁸; pertenecen, pues, al grupo de los signos socialmente establecidos.

Por simple deducción concluiría que el espacio y el silencio se incluyen en el grupo contrario, el de los signos naturales. Pero las deducciones no siempre bastan.

⁸ Me refiero a la realidad sostenida sólo en uno de sus ejes por desconocimiento del otro eje.

Comienzo por la relación que puede existir entre Signo, Símbolo, Discurso y Silencio: La función del signo es ser el puente para que el símbolo cobre vida.

El hombre es un ser no fijo, no total, pero hasta ahora, su "mermada" construcción le sirve de excusa para no tener que ser él quien dialogue, quien decida sobre sí. Ese abismo es igual que el vaso medio lleno o medio vacío. O lo tomas como medio lleno y te conformas con tu ser actual, o lo ves como medio vacío e intentas llenarlo. La diferencia es la actitud. Aceptar que tú puedes ser sólo un reflejo es difícil sobre

todo cuando supones que no hay espejos en donde reflejarte. Sería más fácil transformarte en tu propio espejo de bolsillo. Lo podrías llamar libertad para poder jugar el juego de las libertades inconclusas, donde cada uno cree tener una libertad que en realidad no existe⁹.

Pero si eso pasa, el individuo se alejaría mucho de su posibilidad de convertirse en ese ente social necesitado de su alrededor para poder descubrirse.

Su libertad no es tal en tanto siga fundamentada en una

⁹ Magritte otra vez dio en el clavo con su "Falso espejo" de 1935. El ojo que observa y que no es él ni se entiende.

relación de poder y en unos horizontes predeterminados. Al ser humano le conviene ser su propio espejo de bolsillo, y ese es el problema. La situación de conveniencia inmediata.

Dos nuevos elementos, entonces: el individuo y el peso social de las cosas. En medio, una alteridad ensombrecida por la voluntad de poder.

La clave sigue siendo la actitud. La libertad agenciada a priori, el peso social resultante de una codificación a priori, la palabra expulsada porque sí, un lenguaje copiado... Todo guiado por un indicio, por una idea que hace que nos conformemos, que seamos

carne de cañón, potencias y no
actos.

Cuando Wittgenstein
eliminó al silencio del sentido
estricto seguramente lo hizo
por el carácter meta-simbólico
que tiene. La palabra es
simple y llana. Lo que le da
fuerza y sentido es lo que está
atrás y alrededor de ella: el
espacio y el silencio. Si una
misma palabra pronunciada por
dos personas distintas no suena
igual es porque surge de dos
silencios distintos. Lo que la
hace distinta no es el ser
palabra sino la forma en como
sale de nosotros. Son el
espacio y el silencio los que
las hacen distintas.

La palabra como puede verse es finita. El silencio no. Llegó el momento en el que la

palabra debe dejar de ser vista como el arma todopoderosa, la llave maestra que abre todos los caminos. El hombre ha canonizado la palabra¹⁰. Le ha borrado su sentido de ser para hacerla depositaria de todas sus angustias. Al contrario. Si bien la palabra se ha acumulado en la parte consciente del hombre, queda todavía la parte inconsciente. La fuerza del silencio está ahí, en que no viene desde dentro.

¹⁰ Magritte ya lo sabía y se burló en “La traición de las imágenes” de 1929, que reproduzco en la Pág. siguiente.

2.3 El silencio y el símbolo.

La palabra y la música parten de la misma raíz. Ambas

son sonidos organizados (en torno al silencio) que quieren paliar una angustia, sin entender que si accedemos al silencio es sólo a través del silencio mismo. Tanto la música como la palabra son derivadas de una constante: el silencio. Es como los negativos fotográficos; el fondo, lo que en apariencia no se ve, es lo que al final resalta más.

El silencio es al mismo tiempo verbo y sustantivo. Es acción , acto que se camuflajea en potencia para que el individuo crea que lo domina.

El estado de las cosas es otro.

El silencio se deja adjetivar

como si fuera un cobarde, ajeno
a nuestro devenir, pero al
mismo tiempo tan o más presente
que nosotros. Intentamos
mutilarlo al hablar, sin
darnos cuenta que los
discapacitados somos nosotros
por no ver más allá, por
esquivar nuestra innata
curiosidad.

Lo queremos volver tan ajeno
que los enajenados resultamos
ser nosotros.

Pero regresando al verbo
y al sustantivo, al adjetivo
miope ante la vastedad, la
diferencia entre signo y

símbolo también puede perderse
en una línea sutil.

Las relaciones de poder a
las que desafortunadamente
estamos tan acostumbrados hacen
que antes de saber que es algo,
queramos saber quién es. Ser
alguien antes que simplemente
ser. Esto, traslapado al
símbolo /signo, hace que
queramos ver en esa diagonal
una relación de poder cuando lo
que hay es un acomodo que
responde a una realidad
cronológicamente probada¹¹. El
signo es una evocación de una
realidad preexistente.

En este caso el signo (la
palabra) evoca a su raíz (el

¹¹ La palabra viene después del silencio.

silencio). José Revueltas, hablando de la religión decía: "Parece que los hombres han aprendido algo inaprensible y

ese algo les ha tomado el cerebro como bola de fuego, dónde ese empecinamiento está fijo y central"¹². Traspolando esto a la relación hombre-palabra, ese algo podría ser la idea de que la palabra es la única capacitada para codificar sus pensamientos.

¹² Revueltas, José. "Dios en la tierra" México, SEP, 1981.

